

A LEDA

La abandoné en el sueño, casi pura, sencilla.
Su nombre era de barca, que boga a la deriva.
En los ojos la historia con niebla de un naufragio,
y unas manos de niña, que vé volar un pájaro.

Era un montón de rosas, geranios y azucenas.
— Al alba, el camposanto, vé sus flores deshechas.
¡Qué derramados senos de una blancura usada!
¡Qué vientre reposado, con sus caderas altas!
Y dos pequeñas máscaras: las opacas rodillas,
geniecillos burlones que habían montado guardia.

Reconstrucción absurda de palabras y besos.
¿De quién se ha enamorado? ¿Quién la besó primero?
¿Danzan negros desnudos en sus sueños malsanos?
¿La despiertan las voces de los niños ahogados?
¿Huyen peces de nieve, de sus manos pequeñas?
De la flor que la ofrecen, ¿surje negra culebra?

Casi pura, sencilla. Dormida, casi muerta;
no la pertenecían ni el camisón de seda,
ni el frasco de perfume, ni el fajo de billetes,
ni el mazo de barajas, ni el brillo de sus dientes.

Su nombre era de barca que boga a la deriva.
Casi muerta, dormida. Casi pura, una niña.
Fracaso que se yergue mañana y trota calles...
La muerte se hace un arco, para que Leda pase...

Enrique Amorim.